



El invento de la noche

Impulsada inicialmente por la aristocracia, la vida nocturna europea, con sus cafés, se encuentra en el origen de la opinión pública, según el historiador Koslofsky

Historia

POR JAIME LORENZO

■ Hace algo más de trescientos años, el irlandés Richard Steele escribió en *The Tatler* (*El hablador*, 14 de diciembre de 1710): "Hace poco, vino un viejo amigo mío a la ciudad. Fui a verle el martes, a las ocho de la tarde; cuando pregunté por él, me encontré con que ya se había ido a la cama. Al día siguiente fui de nuevo a casa de mi amigo sobre las once de la mañana. Me presenté, y su criado me dijo que acababa de sentarse a comer. En pocas palabras, advertí que mi anticuado amigo seguía el mismo horario que había regido en su familia desde tiempos inmemoriales. No cabe duda de que antiguamente la noche duraba mucho más que ahora en esta isla".

El amigo de Steele seguía el horario que había observado Europa entera durante si-

glos. A fines del XVI, Enrique III de Francia cenaba a las 6 de la tarde y se retiraba a dormir dos horas después.

Medio siglo más tarde, Luis XIV solía levantarse a las 9 de la mañana y terminar la jornada en torno a la medianoche (una de las consecuencias de semejante cambio de hábitos fue la renovación del maquillaje entre las damas de su corte, para adaptarlo a la luz artificial).

En tiempos de Steele, el "descubrimiento de la noche" y la prolongación de la vida social más allá de las horas de luz diurna, se habían generalizado.

Durante el siglo XVII, Europa "inventó" la noche, un cambio que se operó "desde arriba", de modo que la vida nocturna se convirtió en uno más de los rasgos que distinguían a los cortesanos del pueblo.

A comienzos del XVIII, la generalización del alumbrado público, la presencia en las calles de vigilantes nocturnos, la mejora de la iluminación doméstica y la difusión de nuevas bebidas estimulantes (café, té, chocolate) habían acabado con la imagen de la noche como "espacio de riesgo", por el que vagaban borrachos, vagabundos, prostitutas, estudiantes tronados y espectros: en un grabado de 1702 aparece un ciudadano que lee el periódico por la noche en una calle de Leipzig, rodeado por



Grabado de principios del XIX.

un grupo de paseantes y amparados todos por un vigilante nocturno.

El cambio no fue del todo pacífico. Grupos de descontentos provocaron desórdenes y destruyeron las luminarias instaladas en las calles. Incluso un grabado de principios del XIX nos ilustra sobre la idea de la diversión de un par de caballeros, que encuentran la mar de gracioso derribar (con su ocupante dentro) la garita en que un vigilante nocturno se protege de la intemperie.

En su libro *Evening's empire: a history of the night in early modern Europe* (Cambridge University Press, 2011, 448 p.), Craig Koslofsky, profesor de Historia en la Universidad de Illinois, sostiene que la "opinión pública" surgió en la Europa moderna gracias a la "colonización de la noche". Du-

rante las horas nocturnas, en los cafés, los clientes eran "particulares", no súbditos del rey ni feligreses de la Iglesia.

Frecuentados por una clientela económicamente acomodada, hacia 1661 los cafés de Londres se habían convertido en centros de agitación política, "refugio de ociosos y alborotadores" según Carlos II, que en 1675 trató en vano de cerrarlos. Entrado ya el siglo XVIII, un informe de la policía de París de 1729 alertaba de la frecuencia con que se discutía la existencia de Dios en los cafés a altas horas de la noche. Acerca de la vida nocturna en la España de aquella época, la Universidad de Salamanca publicó en 2003 *La noche y los noctámbulos en el siglo XVIII español*, un estudio del profesor Mario Martínez en el que adelantaba algunas de las conclusiones a que llega Koslofsky en su libro.

¿Alcanzó esta "colonización de la noche" a las mujeres? Cierta día de 1673, Mme. de Sévigné se quedó de tertulia hasta altas horas de la noche en casa de Mme. de Coulanges; acabada la reunión, acompañaron a una de las damas hasta su domicilio, en el otro extremo de París. "Lo pasamos muy bien durante el trayecto hasta el Faubourg St. Germain. Volvimos sin problema alguno: el alumbrado de las calles nos defendió de los ladrones". Semejantes novedades estaban reservadas a las que disponían de carruajes y sirvientes; entre las clases populares, la actividad nocturna quedaba reservada para el género masculino: tan sólo en París se podía ver a mujeres que frecuentaban los cafés.